

EL HOMBRE Y EL ANIMAL

DIFERENCIAS ESENCIALES
ENTRE LAS
ACCIONES DEL HOMBRE
Y LAS DE LOS
ANIMALES

FOR

Pedro Ferrando

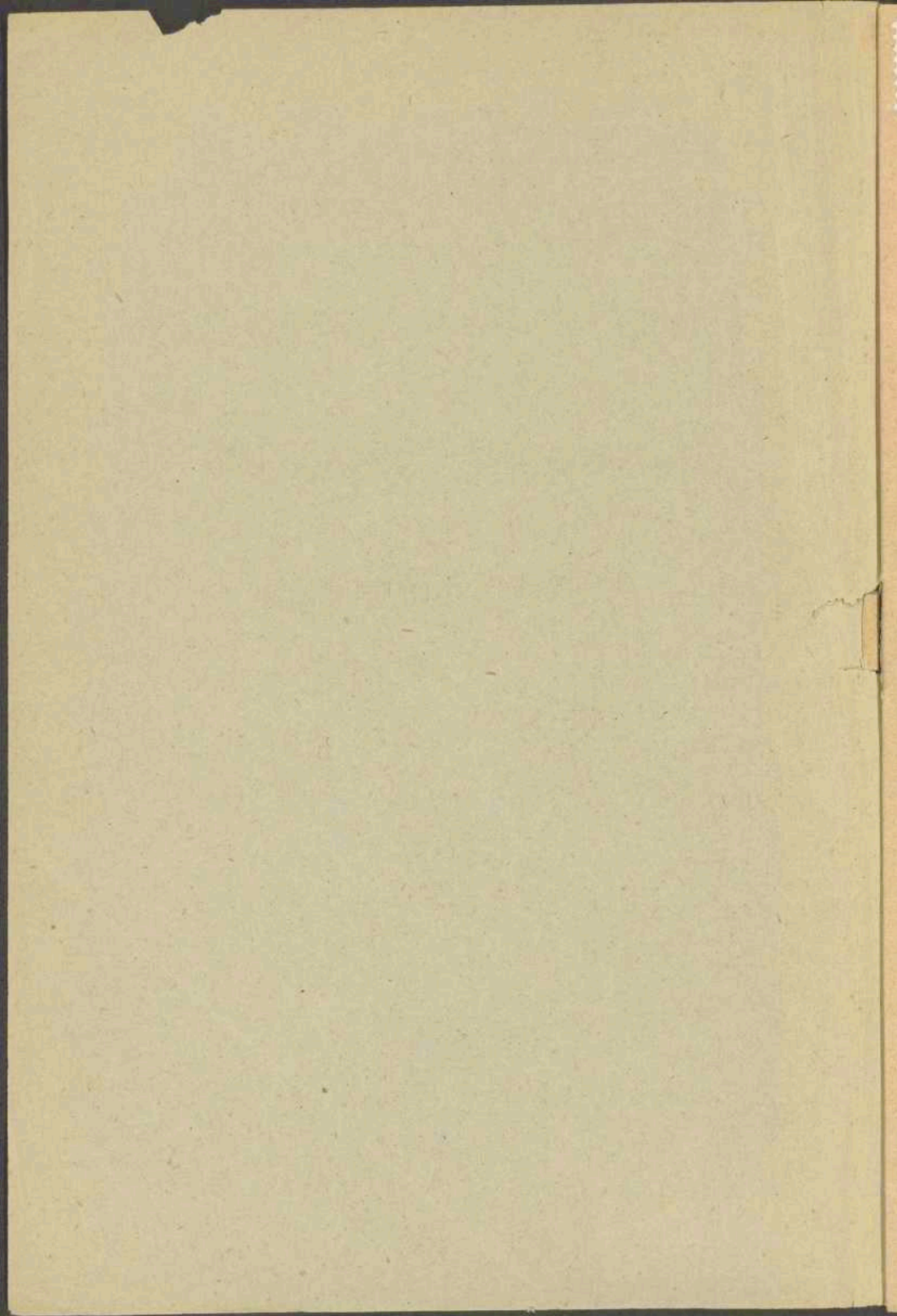


TARRAGONA

IMP. DE A. ALEGRET, MÉNDEZ NÚÑEZ, 5

1890

9686



269

9685

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA

SOLEMNE INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO DE 1890 Á 91

EN EL

Instituto provincial de 2.^a enseñanza de Tarragona

POR EL

CATEDRÁTICO DE HISTORIA NATURAL

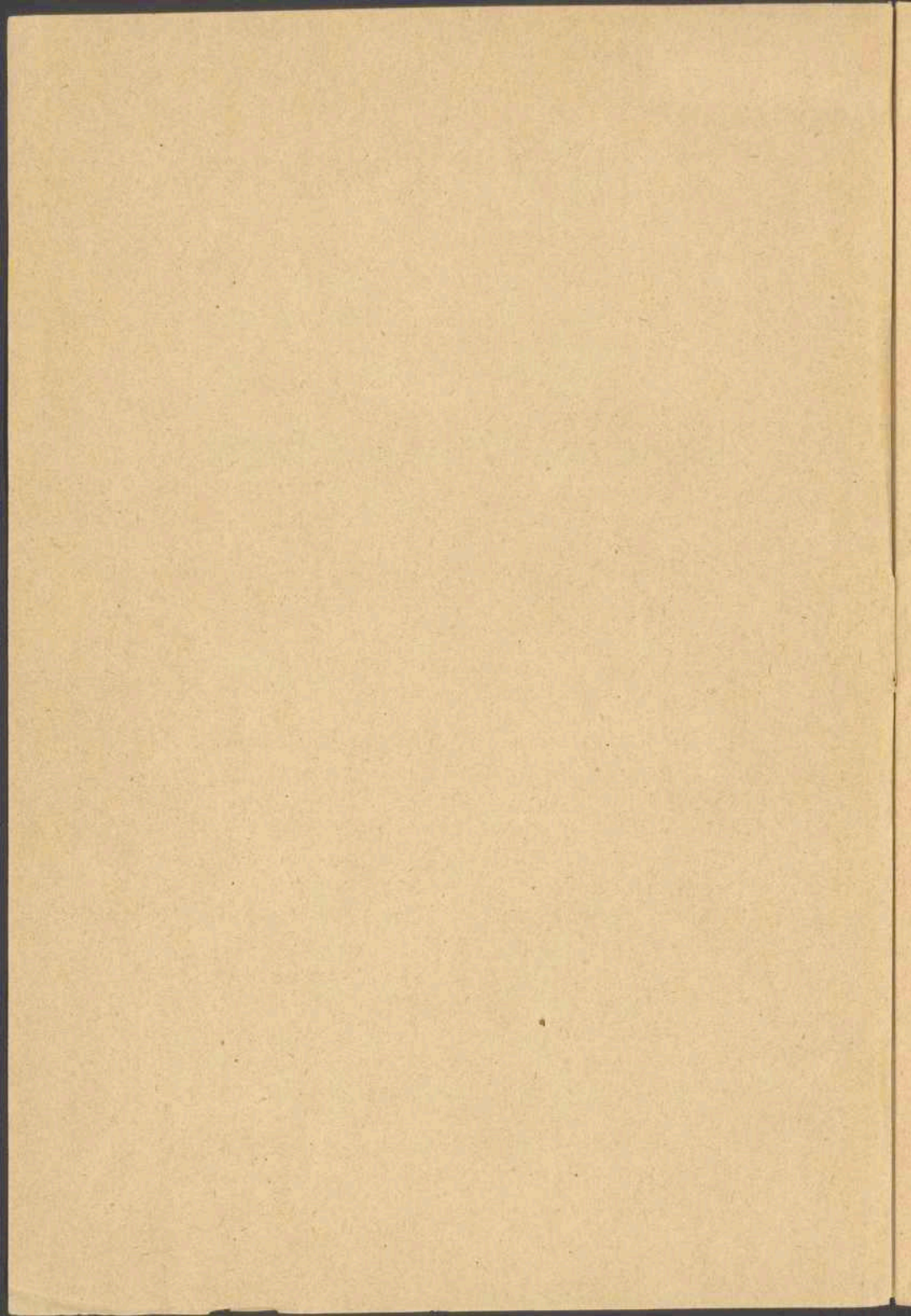
D. Pedro Ferrando



TARRAGONA


JMP. DE A. ALEGRET, MÉNDEZ NUÑEZ, 5

1890



Último. Señor:

Señoras y Señores:

ON objeto de dar alguna variación á esta solemnidad anual, se ha establecido la costumbre en este Instituto de que uno de los profesores más modernos dirija la palabra á los concurrentes, sobre un tema excogitado. Indicado yo para ese turno, me sentí en la obligación moral de aceptar el compromiso: que grande lo es, no solo porque siendo el último de la Corporación estoy en peores condiciones que ninguno, sino por la dificultad que implica el desarrollo de un tema que se acomode á las variadas disposiciones de concurrencia tan escogida.

Catedráticos, por una parte, llenos de títulos y dignidades y encanecidos en el estudio: representantes ilustres de entidades oficiales: distinguidas damas que por su elevada educación marcan el límite superior del orden sentimental: padres de

familia que con sus hijos premiados vienen á celebrar el más fausto y justo de los regocijos al recoger los laureles que en noble lid han alcanzado esos pedazos de su corazón, reflejando en sus cerebros los destellos de su inteligencia; y por último, alumnos aplicados que consideran suya la fiesta con que inauguramos las tareas de su perfeccionamiento intelectual. Al dirigirme á todos, surge la dificultad de la elección de un tema que sea con interés escuchado, y por todos bien entendido.

Nadie de vosotros desconoce el gran vuelo que han tomado las ciencias de observación en estos últimos siglos; habiéndose establecido en ellas el campo en que se libran las batallas entre la verdad y el error, que en tiempos anteriores se dieron en el terreno de la filosofía. Tiene esto por fundamento, el que las ciencias naturales contienen numerosísimos hechos que, con una mala interpretación, han presentado los partidarios del error, como argumentos irrefutables de sus tesis anti-cristianas. Seduciendo á los espíritus superficiales, han cantado prematuramente su triunfo, hasta que, observados aquellos hechos por la verdadera ciencia, se han convertido en los trofeos más gloriosos de la verdad y de la fé.

Ved un ejemplo de lo dicho, en el resultado obtenido por el venerando Pasteur, en la polémica entablada en el terreno experimental, con los materialistas que pretendían probar con sus infusiones, la teoría de la generación espontánea. Hundiéronse para siempre los nefandos en la región del olvido, y la humanidad entera saluda á nuestro católico Pasteur, como el descubridor del mundo de los microbios.

La antropología, sobre todo, ha proporcionado muchos puntos de apoyo á los partidarios del error

que, preocupados con el atento y minucioso estudio de nuestra organización, se olvidaron de que ésta no es más que una parte, y la más despreciable de nuestro ser. Zoólogos eminentes, como Darwin, Haeckel, Delbœuf, (1) etc., han hecho numerosos y atentos estudios sobre los actos y desarrollo de los animales, y vislumbrando ciertas leyes, quieren aplicarlas á las relaciones entre el hombre y el animal, dando por supuesto, y aquí está el error, que la diferencia entre el hombre y la bestia no es más que *de grado, no de esencia*.

Otros como C. Vogt, (2) dicen, que al tratar del hombre se ocupan sólo de su parte animal, dejando el estudio del espíritu para el Psicólogo; pero al estudiar los animales se empeñan en ver sus actos influidos por la misma causa sustancial que dentro de nosotros sentimos. ¡Solo hablan de inteligencia para dignificar á los animales!

El resultado de ambos procedimientos es el mismo: los unos cantando las perfecciones del animal para elevarlo hasta el hombre, y los otros negando á éste toda diferencia esencial, rebajándole hasta el bruto. *¡Comparatus est jumentis insipientibus!* ¡ha sido comparado á las bestias de carga!

¿Quereis que os dé la razón? Pues es porque hay pasiones que quisieran que fuésemos bestias, para que pudieran ser libremente satisfechas.

Ante pretensión tan denigrante, la conciencia se ofende: la humanidad se escandaliza: la historia se conculca: la sociología se contradice.

Solo los corazones depravados cantan victoria; viven en continua lucha interna, entre las exigencias de sus pasiones y los gritos de su conciencia, y quisieran acallarlos con el falso principio de que siendo

(1) Delbœuf.—La psicología como ciencia natural.

(2) C. Vogt.—El origen del hombre.

el hombre solo animal, no hay razón para luchar con los malos instintos, puesto que la bestia no los contraría.

A ninguno de los oyentes se escapa la trascendencia de tan peregrinas aseveraciones, pues con ellos quedan sin base los órdenes social y religioso actuales, y justificadas, por ende, las más radicales revoluciones.

Y á fé que no había que temerlas, si tuvieran la verdad por fundamento; pero como no es así, y como se pretende que el principio que le sirve de base, la historia natural lo confirma, quiero probar lo contrario, según el siguiente TEMA:

“Sin salir del terreno de la historia natural ó de los hechos directamente observables, ya se vislumbra que EL HOMBRE NO ES SOLAMENTE ANIMAL, sino que tiene una esencia superior y de manifestaciones contrarias á su animalidad, de que otras ciencias se ocupan, y por la que es hombre.”

Aislado nuestro planeta en el espacio, *tres fases* presenta en su desenvolvimiento completamente distintas, por la aparición de tres entidades esencialmente diversas: primera, la formación y disposición de la materia mineral que le constituye, de esos seres moleculares (minerales y rocas) que en los estados gaseoso, líquido y sólido, formaron sucesivamente primero la atmósfera, segundo los mares y tercero los continentes. Esta es la llamada *fase inorgánica*.

En la segunda, ó *fase orgánica*, á expensas de los materiales constitutivos de los minerales, aparecen los seres vivos formados de células, que permiten

la renovación de su materia; dando lugar á las manifestaciones vitales, vegetales y animales, que terminan con los Mamíferos placentarios, herbívoros y carnívoros.

Así preparado todo, preséntase en escena un sér de condiciones tan especiales, que donde quiera que aparece cambia la superficie de la tierra con sus creaciones artísticas, é influye poderosamente sobre todos los séres de nuestro planeta, originando así la tercera fase, la llamada *fase antrópica*.

Fijémonos, por un momento, en el aspecto que presentaba la tierra á la aparición del hombre, según los más distinguidos geólogos. Los vegetales y animales fósiles nos revelan que al fin de los tiempos terciarios y principio de los cuaternarios, una temperatura uniforme y primaveral se extendía por toda la tierra. Bajo espesos bosques, formados de plantas tropicales, abundaban manadas ya de los *Mastodontes*, *Dinotherions* y *Rhinocerontes* del mioceno, ya de los *Elefantes*, *Ciervos*, *Girafas*, etc., del plioceno, siendo tal su abundancia, en algunos puntos, que se han encontrado á millares en las excavaciones de Pikermi (Grecia), como en los tiempos cuaternarios formaron con sus colmillos las explotadas canteras de marfil en las heladas playas de Siberia. En lucha con los herbívoros citados, y como para limitar su propagación, coexistían las grandes fieras, tales como los *Machairodus* de dientes de cuchillo, y en los tiempos cuaternarios el *Felis spelæa* (Goldf), *Ursus spelæus* (Blum) y *Hyæna spelæa* (Goldf), mucho más fieros y robustos que nuestros osos y leones. Y bien necesarios eran, para limitar la excesiva reproducción de las inmensas manadas de corpulentos herbívoros, que vivos ó corrompidos, hubieran talado completamente la superficie del globo.

¡Pero qué combates se debieron librar entre aquellas poderosas organizaciones!

Horroriza solo el imaginar las luchas encarnizadas habidas entre los elefantes y mastodontes, etc., y los leones y panteras de aquellos tiempos.

¿Quién dominará y será el árbitro en esta lucha de gigantes?

Admírense los transformistas: el sér más débil de la creación; la organización más delicada, incapaz muchas veces de resistir las influencias del medio, el hombre, en una palabra: ese ser delicadísimo que lleva consigo la enfermedad y la flaqueza. Bien le conoceis; su primera voz es un gemido; su primer paso una caída; su primera confianza un desengaño; el viento le acatarra; la luz le deslumbra; el calor le sofoca, y la intemperie le mata. Cubierto de una piel finísima tan sensible como desnuda, piedras, vegetales y animales le son un contínuo tormento, y vive llorando y temiendo las numerosas causas de enfermedad, que por lo general le acarrean una muerte prematura.

Pues ese sér tan débil, y el único que podemos llamar imperfecto, está destinado á dominar el mundo. Preséntase ante los colosos del reino animal exigiéndoles sus guaridas para habitación; sus pieles para vestido, y sus carnes para alimento.

La naturaleza entera le presta vasallaje; y ni el águila que se cierne sobre las nubes; ni la ballena que se abriga bajo los hielos del polo; ni los fieros leones, ni los poderosos elefantes, se han podido sustraer á su dominio. Con el fuego dispone del mundo vegetal, talando bosques seculares, y haciendo que abunden las plantas que le convienen. Surca los mares, escala y perfora las montañas, y reina, por fin, como soberano en la creación entera.

Y no se diga que esta perfección y dominio solo

los ha adquirido con el tiempo, pues la Geología contesta que los primeros indicios de la existencia del hombre en la tierra son precisamente los documentos fehacientes de su dominio. Se le encuentra por primera vez en las guaridas de los osos y leones, vestido de sus pieles, durmiendo sobre sus esqueletos, y alimentándose de la médula de los huesos, que él solo sabía abrir á lo largo.

¿Queréis más pruebas de su dominio?

Pues bien; llegó la época de los grandes glaciares: un manto de hielo, como el blanco sudario de la muerte, envuelve á nuestro hemisferio, matando aquella espléndida vegetación tropical: mueren también ó emigran los animales; pero el hombre, conociendo el fuego desde la primera talla de sus pedernales, enciende sus hogares y triunfa de la más cruel de las intemperies.

Cuando la fusión de los glaciares cubre la tierra de inmensos lagos, en ellos entabla sus *palaphitas*, en cuyas ruinas se recogen los restos de los animales domésticos, que le consagran sus fuerzas.

No hay duda ninguna de que desde su aparición el organismo más débil de la creación es, como dice el Génesis, *el dominador de toda criatura*.

¡Qué lección para el transformismo! Buscando entre las capas de piedra los vestigios de un antecesor del hombre que pruebe nuestro pretendido parentesco con los monos, solo ha encontrado las pruebas inconcusas de nuestra originaria grandeza, de la absoluta verdad de nuestras creencias, de la divinidad de nuestra Fé.

Yo sé que el transformismo se cree autorizado para aplicar al hombre las leyes, que según sus corifeos rigen á la animalidad, fundado en que nada han encontrado en la organización del hombre que le diferencie del animal. Admitido el principio; pero

como su superioridad es evidente; como su dominio es efectivo; como reina como dueño de los animales en donde quiera que se presenta, apesar de la inferioridad de su organismo; este poder, este dominio, debe depender de algo que no está en su animalidad.

No, no está en su animalidad, sino en una *esencia superior*, que se refleja en sus hechos, como voy á demostrar estableciendo un paralelo entre las acciones del animal y las del hombre y haciendo notar el contraste resultante.

Las acciones del animal presentan constantemente estos caracteres: son *innatas*, son *perfectas*, son *uniformes*, son *necesarias*; y como manifiestan por sus modos de expresión, no tienen más que dos fines: la conservación del individuo y la perpetuación de la especie.

En el hombre se observan acciones con los mismos caracteres, cuando obra aisladamente su parte animal; pero las que ejecuta como tal hombre, presentan signos completamente opuestos; no son innatas, sino *adquiridas*; no son perfectas, sino *perfectibles*; no son uniformes, sino *variables*; no necesarias, sino *libres*; no con solo los fines de la animalidad, sino con *otros superiores* que le son exclusivos, por ser naturalmente imposibles para el animal, como se vé por sus respectivos lenguajes.

I.

He dicho que las acciones del animal son innatas, y las propias del hombre adquiridas.

En efecto: sin enseñanza, todos los animales hacen las cosas complicadísimas que para vivir deben hacer. Sale la abeja por primera vez de su celdilla, y conoce mejor que el botánico la flor de su sustento; corta las láminas de cera con exactitud geométrica; construye cual experimentado arquitecto, y forma y almacena la miel con una perfección que el hombre aun desconoce; mas ya nunca hará más.

Lo contrario sucede con el hombre; lentísimo en su desarrollo, es el más nécio de los séres; al nacer apenas hace lo necesario para vivir, y nada sabe de los altos destinos á que está llamado; hay que enseñarle á comer, beber, andar, etc.; mas por medio de la enseñanza, fija sus miradas en el cielo, y calcula por segundos el curso de los astros; baja á las minas, é interpreta los archivos del mundo en sus estratos; cuenta las ondas luminosas y el movimiento térmico; y tan pronto calcula las distancias y atracciones planetarias, como las atracciones moleculares.

Ved el contraste; el animal al nacer sabe y no aprenderá más: el hombre al nacer nada sabe, pero su ciencia es ilimitada.

II.

Las acciones del animal son *perfectas*, y las del hombre *perfectibles*.

Al mismo tiempo que el de la espontaneidad, llevan las acciones animales el sello de la mayor perfección: la cual es tanta, que no siempre la puede el hombre reconocer sino con una paciente y minuciosa investigación. ¿A quién no admira la previsión y maestría con que disponen sus trampas los animales cazadores? ¿Qué ovillo mejor hilvanado, que el

que hace para abrigar sus ninfas, el gusano de la seda? ¿Qué tejido más fino que el de una araña? Quién es capaz de idear un aparato más perfecto para el vuelo, que el de las aves é insectos, y para la natación, que el de los peces y crustáceos.

Son tan sencillos los medios, y tan perfectos los resultados, que no el animal, ni el hombre mismo, sabría perfeccionarlos.

Es lo contrario lo hecho por el hombre: lleva en un principio el sello de la imperfección, más patente; pero las generaciones sucesivas lo van perfeccionando hasta un límite desconocido. Védlo en la habitación: desde la gruta natural, hasta el palacio lleno de creaciones artísticas. En el vestido, desde las hojas entrelazadas, hasta los tejidos bordados de seda y oro finísimo; en las comunicaciones, desde el trepar por las rocas, hasta los coches salones: desde los troncos flotantes, hasta los vapores trasatlánticos.

Ved la diferencia: las acciones del animal son espontáneamente tan perfectas, que resultan imperfectibles; las del hombre, claramente imperfectas en un principio, son de una perfectibilidad ilimitada.

III.

Como resultado necesario de esa perfección, llevan las acciones animales el carácter de la uniformidad.

Del mismo modo construyen los mamíferos sus guaridas, sus nidos las aves y sus trampas los insectos ahora, que en los tiempos de Aristóteles.

En el hombre, por el contrario, sus obras imperfectas llevan, para poder perfeccionarse, el sello de

la variación indefinida. ¿Qué cuadro más variado que el que presentan en sus costumbres, lenguaje, leyes, vestido y hasta fisonomía los diferentes pueblos de la tierra? ¿Cuán diferente es la Europa de los tiempos primitivos, de la actual, y esta de las regiones salvajes del Africa y de la Australia? ¿Y hasta el proceder de un mismo individuo, no es bien diferente según los tiempos y lugares?

IV.

He dicho que las obras del animal son necesarias. Es decir, los animales obran fatalmente, porque en virtud de su disposición orgánica, no pueden hacer otra cosa.

El animal es, lo que el materialismo quiere que el hombre sea: una organización en actividad obligada por los instintos.

Lo contrario sucede con el hombre, que dueño absoluto de su parte animal, obra conforme ó contra sus instintos y con la conciencia siempre de haberlo hecho libremente.

En el animal, los instintos mandan y obedecen los órganos.

En el hombre manda el espíritu y obedecen los instintos.

En el animal son señores.

En el hombre son esclavos.

Hacerse quemar la mano como lo hizo Mucio Scévola, es un imposible para el animal más valiente; como es un imposible natural el que penetren alegremente en una hoguera, como las tímidas vírgenes de nuestro Martirologio.

El animal, por todo lo dicho sobre los cuatro caracteres de las acciones instintivas, tiene la ley de su vida en la satisfacción de sus instintos, y obediéndolos ciegamente, llega á su pleno desenvolvimiento.

El hombre, por el contrario, enferma y muere si se abandona ciegamente á sus instintos; porque éstos se transforman en pasiones: tras la pasión viene la enfermedad y con ella la muerte.

No puede, no, dejarse llevar de la ira como las fieras; de la gula, como los cerdos, ó de la lujuria como los monos, porque apareciendo las pasiones correspondientes (lo que no sucede en el animal) el iracundo muere en un ataque convulsivo, el goloso de indigestión, y el lujurioso consumido.

El hombre no tiene razón de ser como animal: ó contradice sus instintos, ó se convierten en pasiones que le hacen enfermar y le matan.

Si se contrarían los instintos al animal, evidentemente se le perjudica.

Contrariando sus instintos, el hombre es como existe y se perfecciona.

Ved como la fisiología nos demuestra que tienen un modo de ser contrario, porque lo que al animal le da vida, al hombre le da muerte; lo que al animal le mata, al hombre le vivifica; luego su *esencialidad* es diversa.

¿No podrá el naturalista remontarse á la causa inmediata de este modo de ser tan contrario? Sí, con solo dirigir la observación á lo que pasa continuamente dentro de nosotros mismos, sentimos en nuestro ser la misma contradicción, como voy á demostrar.

Al decir que el hombre y el animal son de esencia diversa, no niego que el primero tenga su parte inferior regida por las leyes de la animalidad, como tiene también su parte vegetativa y su parte mineral; sino que afirmo, que además de la parte animal hay en él una esencia superior y dos manifestaciones contrarias á la misma por la que es hombre.

La más superficial observación de lo que pasa en nosotros, nos denuncia la existencia de esas dos entidades constitutivas de nuestro ser, pues sentimos como un hecho de conciencia esa dualidad, que contrasta con la sencillez de percepción y de acción que se observa en el animal. Afirmando y demostrando experimentalmente la dualidad del hombre, no consigno nada nuevo, pues como axioma evidente ha sido reconocido en todos los tiempos, formando parte de las verdades en que convienen todas las naciones de la tierra. (1)

(1) Todos los pueblos, en efecto, así de la más remota antigüedad como los actuales tienen consignado en sus tradiciones, en su literatura, en sus teogonias, etc., este principio, de la interior contradicción de nuestro ser: así puede verse en Eurípides. (Tragedia de Hipólito, acto II, escena 2.^a. («*Vemos el bien y obramos el mal: conocemos la virtud y nos entregamos al vicio.*» Conocidos son aquellos versos de Ovidio en que se expresa la misma idea..... *Video meliora, proboque, Deteriora sequor*..... (Ovid. *Metamor.* libro VII); pero en donde esta dualidad de nuestro ser, está consignada con más claridad y energía en las palabras de Jesús—*Spiritus promptus est, caro autem infirma* (S. Mateo XXVI, v. 41) ó en las de S. Pablo—*Video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis mee.* (S. Pablo ad Romano, VII, v. 23).

Este principio no solo es de todos los tiempos, sino de todos los pueblos actuales así civilizados como salvajes, por ser un axioma de sentido común. Referiré, en prueba de ello, lo acaecido entre un indio y un Padre Misionero según me contó mi distinguido y particular amigo el Rdo. D. Alejandro Mariné, de cuando estaba en las misiones del Canadá.

Un indio pobre, pidió tabaco al Padre Misionero, y éste echando mano á su bolsillo le dió una gran cantidad, sin reparar que habia con el tabaco una moneda de bastante valor. Al día siguiente volvió el indio con la moneda al mismo Padre, diciéndole: «Te devuelvo esta moneda, pues desde que la encontré en el tabaco que me diste tengo una lucha entre mis dos hombres. El uno quiere que la guarde porque me conviene, y el otro que te

Quién, en efecto, en las horas de reflexión y de calma no ha vuelto sobre sí mismo pidiéndose cuenta de su modo de proceder en tal ó cual ocasión en estas ó parecidas palabras? "*Hiciste tal cosa, cuando según tal presentimiento debías obrar de este ó del otro modo*"; pues bien, en este acto evidenciáanse dos actividades, una la que juzga y otra la residenciada. Evidentes son también en los combates de la voluntad que continuamente sentimos, entre el querer y el deber, entre el deseo y la ley, entre la carne y el espíritu.

Supuesto, pues, que el combate es evidente, evidentes están los combatientes y evidente la oposición entre las dos entidades constitutivas de nuestro sér.

Oid á ese joven distraído que está leyendo en voz alta, hasta el punto de que perfectamente os entera de lo que el mismo no atiende y por lo tanto no entiende, porque su pensamiento divaga sobre otros asuntos que le preocupan, al mismo tiempo que su automatismo animal ejecuta la acción complicadísima de la lectura; pues en él teneis en acción el dualismo de que se forma nuestra personalidad, porque son seres bien distintos el que piensa y el que lee.

Nada de esto hay en el animal, que es tan sencillo en sus procedimientos, que no solamente obra siguiendo espontáneamente sus sensaciones internas, sino que cuando es solicitado por diferentes instintos, siempre obedece al más fuerte.

Bien lo saben y ejecutan los domadores de fieras, que poniendo en juego el instinto de la conservación

la devuelva, porque es tuya.» No hay que añadir que el Padre se la dió, en premio de su honrada sencillez.

Nota. Los que oyeron pronunciar el presente discurso, notarán que no se dijo lo referente al contenido de la llamada anterior, por lo crítico de la hora y la premura del tiempo.

por el hambre, el aguijón ó con el hierro candente, les obligan, á pesar suyo, á hacer varios ejercicios contra su naturaleza. Empleando el mismo procedimiento con el hombre, todos sabemos que aunque la parte animal se queje, aunque la carne se rinda, tenemos otra entidad sobre la carne y la sangre, que libremente dispone de nuestra parte inferior.

La altiva y poderosa Roma, agotando todo su ingenio en la invención de tormentos para conseguir la apostasía de nuestros primeros hermanos en Cristo, y estos sufriendolos y muriendo con la sonrisa en los labios y el corazón en su Dios, enseñaron al mundo durante tres siglos de sangrientas persecuciones, no solo la dualidad de nuestro ser, sino que puede gozar el espíritu de inefables alegrías durante las dolorosas y mortales angustias de la carne.

Y será posible, ¡Dios mio! que el siglo XIX manche esas sublimes páginas de la Historia del Hombre con las inmundicias que salpican del lodazal de las pasiones en que se revuelve el Hijo pródigo de la Iglesia?

No, de ningún modo; porque entonces nosotros emplazaremos ante el mundo á todos los representantes de la ciencia racional y de la Fisiología experimental tan preocupados con sus vivisecciones, diciéndoles: "aquí teneis millones de experimentos preparados que demuestran la nada que es para el hombre el instinto de la conservación ante las manifestaciones de ese espíritu que Dios le infundió en el momento del *fiat*, y que á él vuelve alegremente; mientras consumido el cuerpo en dolorosas angustias también vuelve á la tierra que le produjo.

¿Pero las manifestaciones de ese espíritu no imprimirán alguna marca exclusiva á nuestras acciones exteriores en la que pueda el naturalista encontrar caracteres diferenciales entre la bestia y el hombre?

Sí, señores: reflexionando un momento sobre los hechos citados, y todos los demás que en los animales se observan, nótese bien pronto el que los hay de tres órdenes que el animal desconoce, porque le son imposibles. Estos son el orden *racional*, que por ser la ciencia su manifestación exterior, le llamo el orden *científico*, el orden *moral* y el orden *religioso*.

Hé aquí tres mundos exclusivos del hombre, impenetrables para el animal, como voy á demostrar.

Primera. — Solo el hombre es científico.

Para llegar á esta conclusión desde el terreno de los hechos, debo llamar la atención sobre los respectivos lenguajes del hombre y el animal: porque se refleja perfectamente en ellos su modo de percibir; es decir, las ideas puramente sensibles del animal manifestadas por movimientos y gritos bien expresivos y constantes para cada especie, y las inteligibles del hombre representadas por articulaciones ó signos convencionales y variables, tan exclusivamente suyos, que yo no comprendo cómo naturalistas de primer orden han podido dejar de ver en ellos la facultad creadora que los origina, y por ende, una diferencia esencial.

Observando atentamente todos estos actos de significación y expresión del animal, como movimientos, sonidos, gritos, etc., por las que se pone en comunicación con los objetos exteriores, se viene en conocimiento de que todas sus acciones tienen dos únicos fines: la conservación del individuo y la propagación de la especie. No los busca. no los siente,

no los llama, mas que para satisfacer una de esas necesidades.

¡Cuán diferente es el hombre! Poniéndose en relación con los mismos objetos, puede prescindir de cómo le afectan; y por un verdadero acto creador, los vé como entidades independientes, que representa por una articulación ó por un signo: les dá un nombre. Aquel nombre ó signo, es ya para él, el representante del objeto.

Repite el mismo acto *creador y denominador*, con cada una de sus sensaciones internas y externas; y de esto resulta un mundo completamente nuevo é impenetrable para el animal; el de los seres ideales, creados por nosotros, y á los que representamos por la palabra hablada ó escrita.

Nunca el animal podrá entender este lenguaje, porque las palabras que le forman, son la representación de seres que él desconoce. Las abstracciones que los adjetivos representan: las generalizaciones que expresan los nombres apelativos: las acciones que los verbos significan, son entidades creadas por nuestro entendimiento que expresadas por palabras ó signos convencionales, constituyen el fondo de nuestro lenguaje.

Por esto, aunque el animal tuviera el aparato conducente á la expresión, nunca hablaría ni escribiría, porque como no abstrae, ni generaliza, ni vé las cosas en sí mismas, como experimentalmente se demuestra, es imposible que represente con ningún signo lo que no es capaz de concebir.

Las articulaciones, que repitiéndolas aprenden algunas aves, no es lenguaje, pues como pronto puede verse, aquel sonido imitativo no corresponde á la idea que para nosotros representa.

Esto es un instrumento preparado para demostrar que los animales son incapaces de entender nuestro

lenguaje, aun cuando tengan el aparato de la palabra como los loros, mientras que nuestros sordomudos entienden y se hacen entender, apesar de faltarles el aparato.

Esos mismos elementos que constituyen el fondo de nuestro lenguaje lo son también de nuestros juicios y raciocinios. De aquí la definición del hombre por Aristóteles: "*es un animal racional.*"

Siendo la ciencia la manifestación exterior del raciocinio, el naturalista puede asegurar que sólo el hombre es científico.

Sólo el hombre habla ó escribe: sólo el hombre razona: sólo el hombre puede ser científico.

No tengo necesidad de ponderar la importancia de este carácter exclusivo; pues el local, los asistentes, la solemnidad con que iniciamos nuestras tareas científicas y los grandes adelantos de que se enorgullece nuestro siglo, hablan más alto de lo que yo pudiera hacerlo sobre la significación de esta diferencia.

Sólo añadiré, para demostrar cuán exclusivo del hombre es ser científico, que es un imposible natural enseñar el sistema de numeración al animal más inteligente (como dicen los naturalistas), mientras que puede aprenderlo el más inepto australiano.

He dicho, señores, que el animal no tiene en sus acciones más que dos fines: su conservación y su propagación, y aquí concluye. Pero el hombre tiene otra nueva y sublime necesidad: la de que lo que hace esté conforme con las nociones del bien y del mal moral que todos los hombres tenemos, con abstracción del placer ó dolor físico que nos pueda producir.

Cuando la acción, que libremente ejecutamos, está conforme con esas nociones, sentimos un placer indefinido; si nó, sufrimos un malestar interior que nos consume, llamado en general remordimiento.

Este es el sentido moral: es la voz de la conciencia. Nada de esto hay en el animal.

Lánzase el león sobre la graciosa é indefensa gacela, desgárrala con sus uñas, y durante su cruel agonía lame con su espinosa lengua sus miembros palpitantes; ya contento, abandona los despojos, agita su magnífica melena, y se pone satisfecho y tranquilo al acecho de una segunda víctima.

Otro, bien contrario, es el sentir del hombre: impelido por el ódio ó sediento de venganza, clava el puñal en el corazón de otro hombre; más al contemplar la mirada expirante de su víctima, siente dentro de sí algo superior á todos los dolores: el recuerdo de aquella mirada le acompaña por do quier, y acibara de tal modo su vida, que, con frecuencia, llega á buscar la tranquilidad en la desesperación y en la muerte.

Grande, magnífico es el animal cumpliendo los dos fines que la naturaleza le ha impuesto; pero el hombre ejecutando libremente lo que siente como bien, y evitando activamente lo que conoce que es mal, está muy por encima de esos fines egoistas y dentro de un orden moral que el animal desconoce.

Ante la terrible ferocidad de la leona defendiendo sus cachorros, admiro al animal; pero es más admirable Guzman el Bueno sacrificando á su querido hijo, antes que entregar la plaza.

El tigre, luchando con fiereza con el que le maltrata, y convulso de ira hasta la muerte, es el animal; mas San Esteban, muerto lentamente á pedradas y en medio de una agonía terrible pidiendo amorosamente á Dios por sus verdugos, es superior á todo instinto: es el hombre.

Pero hay mas: es exclusivo del hombre otro carácter: el de la *religiosidad*. Entiendo por tal, *la creencia en Dios, á quien se debe sacrificio, y en una existencia personal después de la muerte.*

Estos dos principios, base de todas las religiones, están escritos en la naturaleza con caracteres tan relevantes, que el hombre no puede menos de leerlos, como la humanidad no ha podido prescindir de creerlos.

Si yo no temiera molestar vuestra atención, en tan críticos momentos bien podría demostraros: que ante el magnífico espectáculo de las perfectas armonías de la Naturaleza, y ante la contemplación de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, con relación á nuestro sér; solo el idiota puede desconocer á Dios, y no hay nadie bastante estúpido é indiferente para no presentir la eternidad en presencia de la muerte.

Sí; todo hombre es *naturalmente religioso*. Es verdad que este caracter puede tener infinitos grados, desde el simple presentimiento de Dios y de la eternidad, hasta el contínuo y amoroso sacrificio por Jesus: que puede ser hasta negativo y representado por el ódio, la negación y la blasfemia; pero el cero absoluto de la escala sólo lo representa el animal.

La razón es bien sencilla, porque si de lo dicho resulta que el hombre es *naturalmente religioso*, de la imposibilidad que el animal tiene para alcanzar aquellas nociones fundamentales, debe resultar lo contrario. El animal no puede tener la idea de Dios, y de una existencia *post-morte*, porque no puede concebir al Sér de los seres el que no tiene idea de sér ni de existencia, ni sacrificarse por nada el que es incapaz del sacrificio.

Este argumento está plenamente comprobado en

la Historia natural, por los hechos. Ninguno, absolutamente ninguno, se puede citar de los animales en apoyo de su religiosidad; mientras que respecto del hombre, la fijeza y la universalidad de este carácter hace exclamar á uno de los más notables antropologistas de nuestros tiempos: “Recorriendo todos los pueblos conocidos, he encontrado tribus errantes, sin leyes, sin habitaciones, sin autoridad, sin vestido; pero no, nunca, sin religión.”

Fundado en esto el ilustre Quatrefages, reclama para el hombre un reino aparte en la escala de los seres, el Reino humano, al que asigna como caracter distintivo la *moral* y la *religiosidad*. (1)

Ved, pues, señores como se ve desde el término de la Historia natural, que el hombre tiene una esencia superior á la animalidad que le hace exclusivamente científico, moral y religioso.

Esa esencia es el espíritu que Dios le infundió al coronar la obra del mundo con esta creación independiente.

Tanto es así, que todas las ciencias que bajo cualquier respecto se ocupan del hombre, proclaman que las manifestaciones de ese espíritu hacen de él un ser excepcional.

Consulto á la Energética y me dice: “La necesidad reina en el mundo atómico, y las ecuaciones de la dinámica son un absurdo ante la indeterminación de los fenómenos del libre albedrío. La causa substancial de ellos debe estar en agentes superiores á las vibraciones atómicas.”

Pregunté al Transformismo y me dijo: “Los tra-

(1) No solo Quatrefages, sino todos los que se han ocupado del estudio del hombre bajo sus diferentes aspectos, han llegado á la misma conclusión; así, Aristóteles le separó de los animales por ser racional; Brabançois, reclama para el mismo el Reino moral; Treviramus, forma el Reino humano; nuestro insigne Fabra, defendió el Reino hominal; y de la misma opinión son Pascal, Voltaire, Geoffroy de Saint Hilaire y otros muchos.

bajos de Prunner Bey, Broca, Graciolet y Quatre-fages han demostrado que existe un orden inverso en el desenvolvimiento de los principales aparatos orgánicos del hombre y de los monos; y en virtud de los mismos principios fundamentales del transformismo, un sér organizado, no puede descender de otro, cuyo desenvolvimiento se hace en sentido inverso al suyo.“

La Fisiología consigna: “En los instintos tiene el animal la ley de su vida; el hombre enferma y muere si se abandona á sus instintos: lo que al uno le mata al otro le dá vida: luego tienen esencialidad contraria.“

Consulté á la Psicología y la respuesta fué: “Hay en el alma humana algo intrínsecamente superior al alma animal, y está en la facultad de conocer; mientras que los animales solo conocen los fenómenos materiales y de ahí no pasan, el hombre conoce los fenómenos intelectuales, y las causas substanciales de los hechos; como se prueba por el lenguaje, moral y religiosidad, exclusivas del hombre.“

Pregunté por fin á la Ontología y me contestó: “Percibir el sér en las cosas, representárselas como existentes, es la propiedad del entendimiento; el animal no le tiene, pues solo vé las cosas como el término de una acción ó pasión, como una satisfacción que tener, ó un peligro que evitar.“

Si nos fijamos además en las notas dadas por los principales sabios del mundo que seriamente se han ocupado de la naturaleza del hombre, veremos que todos han indicado un carácter exclusivo según su punto de vista, que debidamente analizado se reduce á ese fondo espiritual tan característico del ser humano como ausente del animal.

Así, por esa entidad espiritual es: dominador de todos los seres como dice el Génesis: racional como

dice Aristóteles: sabio como dice Lineo: animal-ángel como hace observar Pascal: reflexivo como consigna Fabra: moral y religioso como demuestra Quatrefages: imperfecto y perfectible como nota Verneuil: el único suicida como dice Debreyne: y el solo capaz de Dios, como nos hizo notar el Reverendo Fiter.

Pues con documentos tan claros, ¿cómo pudo el transformismo considerar al hombre solamente como animal, cayendo, por su grosero error, en el desprecio de las demás ciencias?

Porque preocupado con el estudio de nuestra parte animal, y orgulloso de sus valiosos descubrimientos, se olvidó de que sus trabajos se referían sólo á la parte inferior de nuestro sér, cuando lo esencial es el espíritu. Porque ha tenido la pretensión de decidir de la naturaleza del hombre por completo, sin reclamar el concurso, y hasta despreciando á las otras ciencias, que se ocupan con tanta gloria de nuestra parte superior, de la que más nos ennoblece, de la que constituye nuestra esencia, de las manifestaciones del espíritu.

Consecuencia de esto, ha sido el error transformista, que busca el origen del hombre en las analogías corporales, cuando le tiene en su esencia espiritual.

Solo cuando apareció ese sér espiritual hubo hombre; y no lo hubo antes, cualesquiera que fuesen las analogías corporales.

Ya pueden los transformistas medir cráneos y comparar huesos para encontrar el tránsito del hombre á los Siminos; mas por ese camino no se puede demostrar sino que hubo un sér que tenía una animalidad semejante á la nuestra. Para probar que aquél era hombre hay que presentar las manifestaciones de su espíritu y aquilatarlas con los trabajos

de la ontología. Ya sé que así generalmente se procede, pues pruebas psicológicas son la intención que vemos en los sílex tallados, grabados y cerámicas primitivas; pero no trateis con desprecio las sublimes ciencias del espíritu de quien recibís la única luz que ilumina vuestra investigación: ni olvidéis que solo donde aparecen las manifestaciones del mismo, solo allí está el hombre.

Resumiendo lo dicho para concluir:

1.º Cuando la naturaleza inorgánica y orgánica se han completado, adquiriendo los animales su máximum de complicación y desarrollo, aparece un sér débil y enfermizo que dominando como señor en la naturaleza, cambia la faz de la tierra con sus creaciones artísticas, originando la *fase antrópica*.

2.º Observando atentamente las acciones del hombre y del animal, se les encuentran caracteres opuestos hasta el punto, de que si el hombre procede como animal, se apasiona, enferma y muere.

3.º La experiencia demuestra la existencia de dos entidades contrarias que luchan en nuestro ser, por lo que es una creencia universal, la de la dualidad del hombre.

4.º Además de las acciones comunes al hombre y al animal, ejecuta éste otras que le son exclusivas, dentro de los órdenes *científico, moral y religioso*, que están cerrados completamente para el animal.

5.º La consecuencia de esto es, que el sér humano tiene algo *intrínsecamente superior* al sér animal, como lo consignan las ciencias y lo proclaman los sabios.

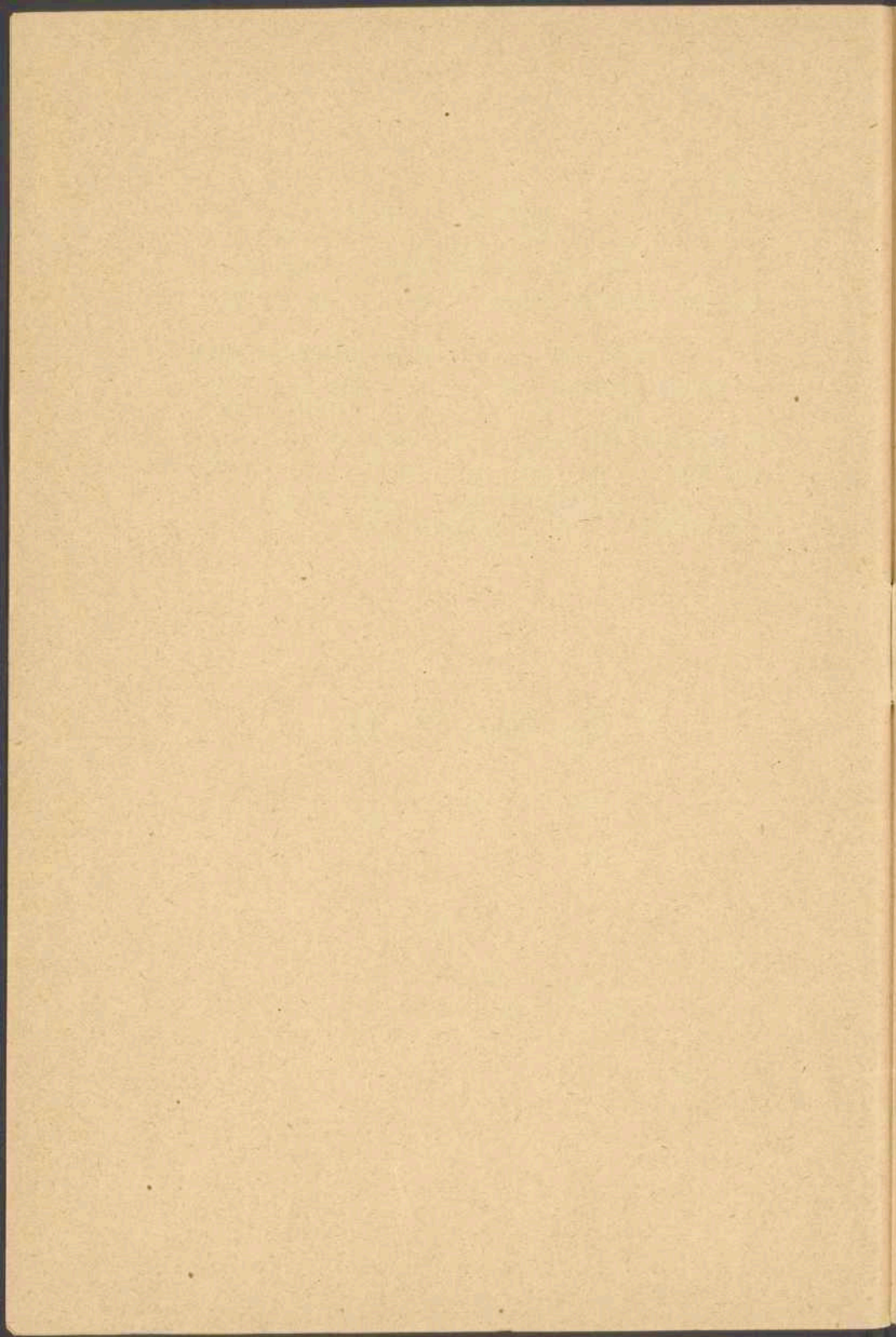
Otra ciencia se ocupa de *ese algo*, y la Antropología para ser tal, debe reclamar su concurso.

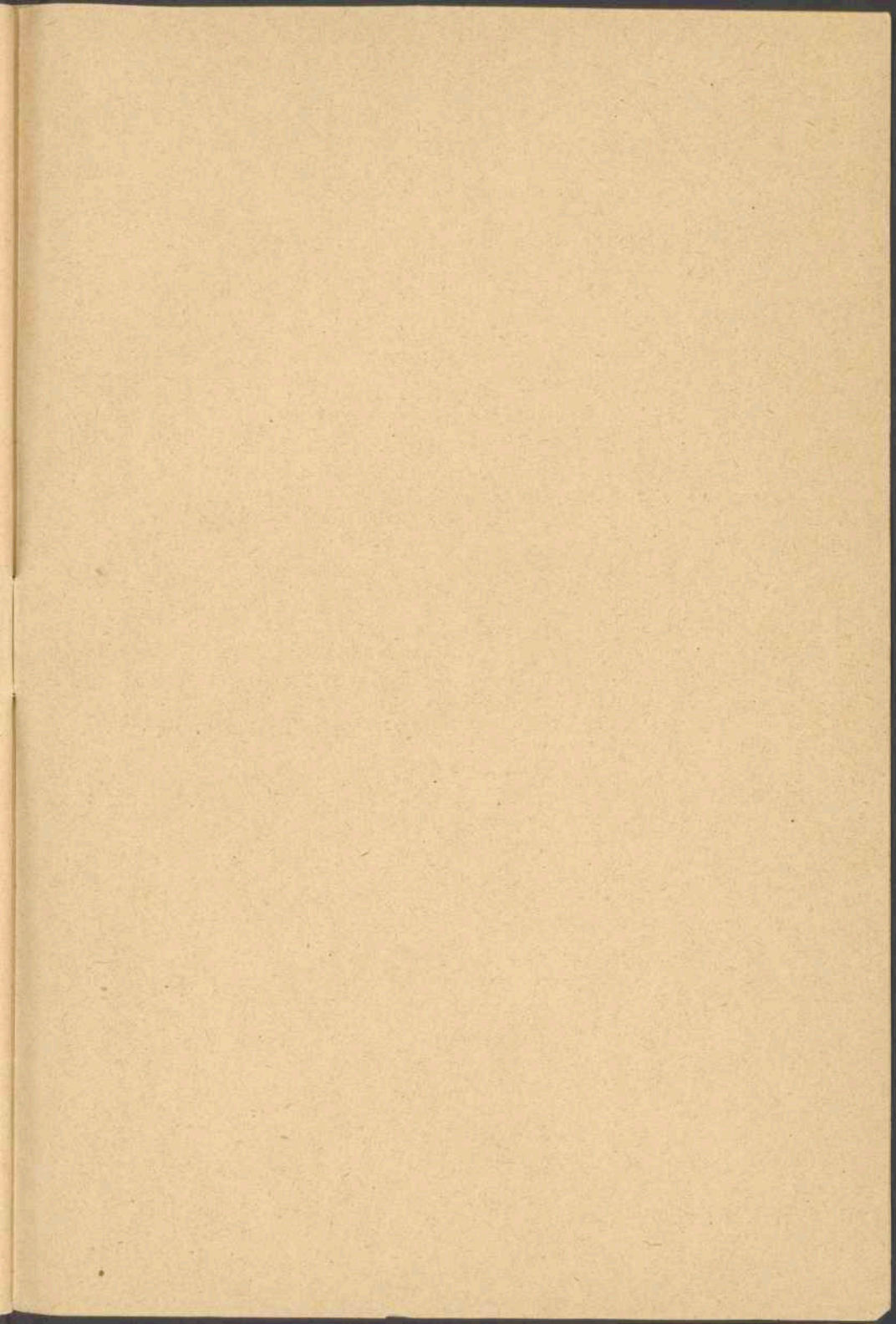
Entonces no se hubiera sentado que la diferencia entre el hombre y el animal *solo es de grado*.

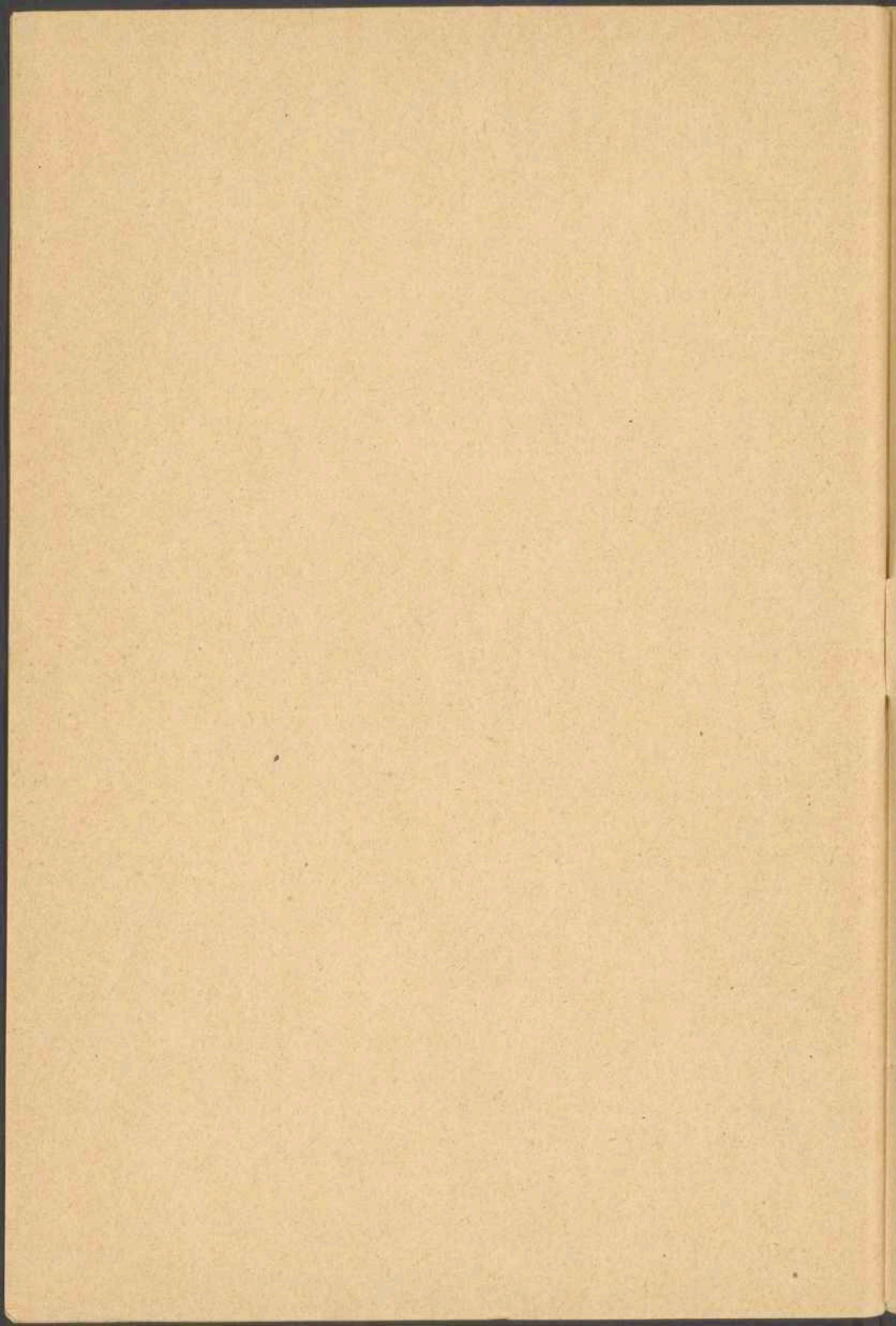
Entonces, no se hubiera inventado la blasfemia bestialista que algunos, que presumen de sabios, profieren en los cafés y otros centros: "*mejor quiero ser un mono perfeccionado que un Adán degenerado*."

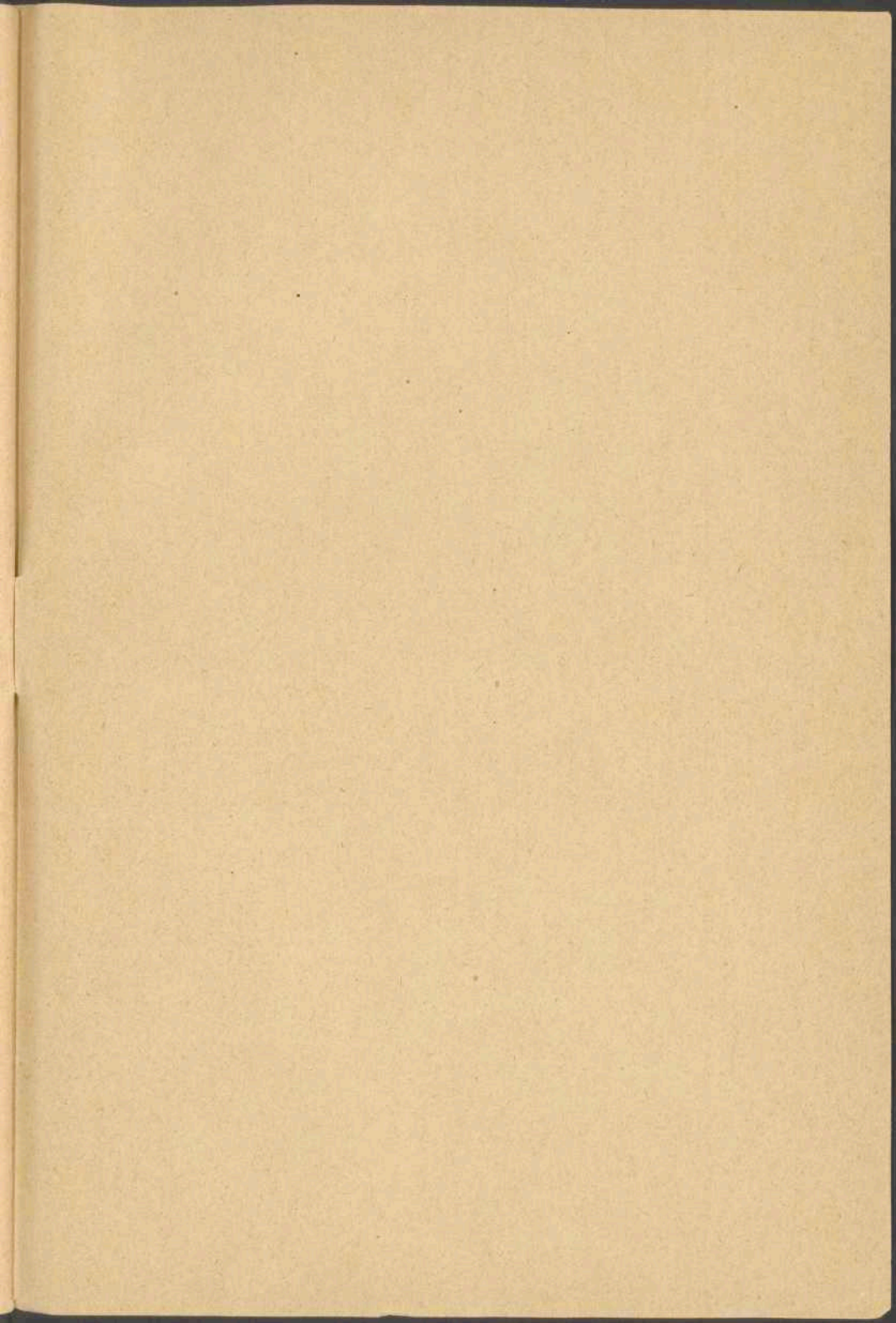
A cuya blasfemia hay que contestar con la dignidad é independencia de los redimidos por Cristo: "SOY UN HIJO DE DIOS QUE LLORANDO Y PADECIENDO POR ÉL, BUSCO A MI PADRE QUE ME GUARDA EN EL CIELO UNA MORADA". ¿LE ENCONTRARÉ?—¡AH, SI!—LE ENCONTRARÉ. ¡LE ENCONTRARÉ!

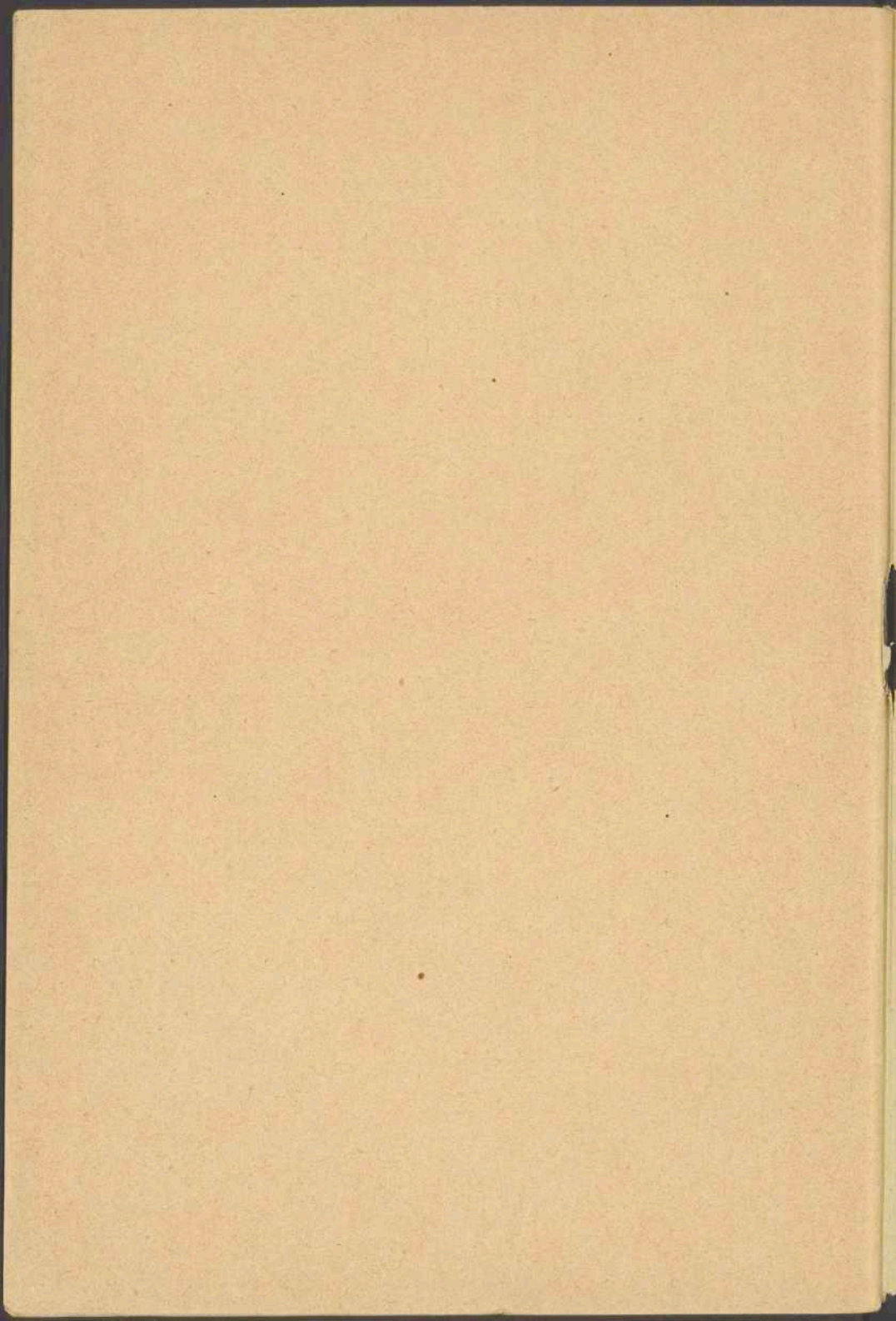
A. M. D. G.

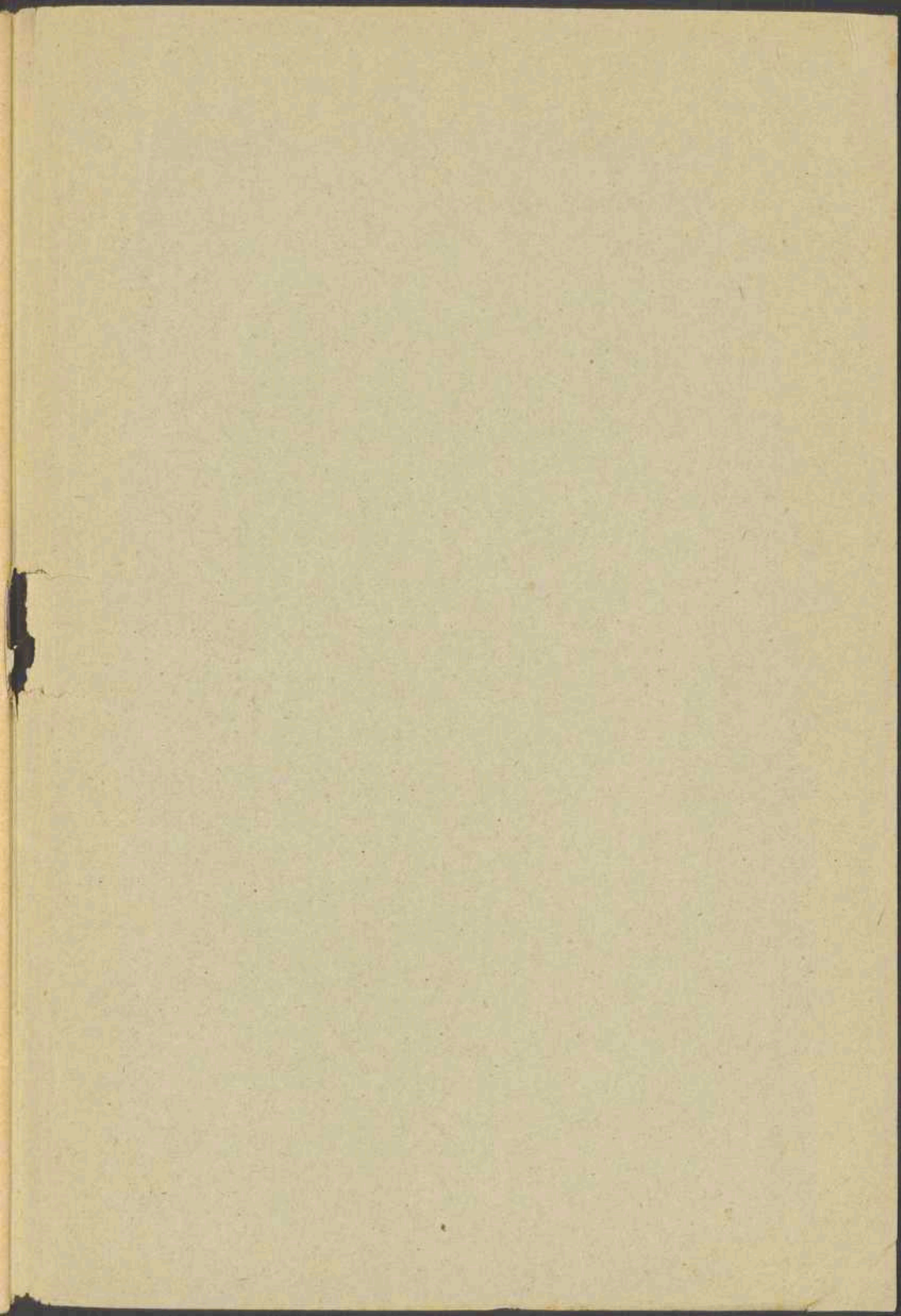












Se vende en la Librería de Pedro J. Aguadé,
Conde de Rius, 11, Tarragona, al precio de
UNA PESETA.
